

BASPED (...), DEL PLOMO DE AMPURIAS

POR Luciano Pérez Vilatela

El hallazgo de una carta comercial sobre plomo en la campaña de excavaciones de Ampurias en 1985 nos permitió reflexionar sobre el nombre más antiguo atribuido a Sagunto por cualquier tipo de fuente. En ello coincidimos nosotros, así como la profesora Santiago, editora del epígrafe por un mecanismo de estricta convergencia, pese a que nuestro trabajo salió algo después que el de ella y ya hicimos referencia a esta concordancia en el trabajo aludido en una adición final (PÉREZ VILATELA, SILGO, 1990, 1s.).

Resulta que en el texto de plomo se menciona el etnónimo emparitanos y el topónimo Σαιγανδη (dat.), *Saigande*, que Santiago corrige como *Saiganthe*; en cualquier caso se trata de una pequeña variación en la consonante dental en la sílaba final, tal vez por influencia eolia. Ciertamente que el eolismo ha debido ejercer cierta influencia en la colonización de la costa mediterránea de Iberia, a un lado y a otro de los Pirineos y del Ebro. Los más evidentes prototipos de la cerámica «gris focense», que ha sido bien estudiada entre nosotros, remontan a la Eolia asiática (JULLY, 1982). Nada de extraño debemos ver en ello, sino al contrario, resulta lógico, pues Focea era una de las ciudades jónicas de Asia más septentrionales.

Pero desde luego, la datación de la aludida planchuela de plomo ha podido hacerse mediante fragmentos cerámicos con más «personalidad» tipológica, concretamente un fragmento de copa jonia B2, seis fragmentos áticos de figuras negras y otro de cerámica de Quíos. Ello significa, como es natural, que los emporitanos, mencionados por primera vez en este epígrafe como comunidad, traficaban con productos varios de la Hélade, no limitándose a mercaderías puramente focesas (de Oriente u Occidente). Para la protohistoria ibérica y concretamente saguntina, la cita de la ciudad de *Saigande* y del saigantheo *Basped* (...?) significan su presentación en los registros toponomásticos antiguos, con una cronología añeja, que permite aparejar el topónimo ya clásico a un yacimiento arqueológico (varios en realidad, el puerto Grau Vell, la ciudad de Sagunto, el «Pic dels Corbs», el plomo apareció, según parece en un yaci-

miento interior, cercano a la ciudad) en los orígenes del poblamiento de la Edad del Hierro (ARANEGUI, 1976, 41-46; 1988, 59-63; ALMAGRO GORBEA, 1977, 89 s.).

Será ésta una buena ocasión para que los escépticos ante la gran importancia que los textos grecolatinos daban a Sagunto replieguen velas —lo que algunos no harán, desde luego, pues la gesta saguntina es heroica y lo heroico viene a ser lo no-historiable por excepcional, por ser poco cotidiano, por su falta de vulgaridad en definitiva—. En cualquier caso, el que pueda reconocerse el nombre de la posterior ciudad de *Saguntum* en este topónimo, en relación comercial, es de por sí un extraordinario hallazgo. Puesto que he defendido la identidad entre *Saguntum* y *Saiganthe* (o *Saigande*) como lo más probable, podrá extrañar que sea yo quien advierta sobre la existencia en el país de la posterior Galia Narbonense, o sea, la fachada mediterránea de Francia, de varios étnicos y topónimos en Seg-, como los *Segusiavi*, los *Segobriges*, *Segovii*, *Segallauni*, etc.

La mención del colectivo de los *Emporitai* supone la constatación de un grupo humano dedicado a esta forma de comercio a larga distancia, que acabaría por dar el nombre de su profesión a un establecimiento permanente.

En Homero, *emporos* significa aún sencillamente «viajante» (*Od.* II, 319; *Od.* XXIV, 300) que en general se desplaza en nave ajena; en época clásica *emporos*, era ya el «comerciante», pero en Homero la especificidad de la función comercial se designa con el vocablo *prexis* «negocio» del navegante actividad que es ejercida por el *prekter* (MELE, 1979). A Ulises le indigna la posibilidad de ser confundido con un mercader (*Od.* VIII, 165 s.). La piratería era reputada más digna para un noble (*Od.*, XIV, 230).

Para el estudio de la carta de Ampurias resulta de sumo interés otra, también sobre plomo hallada en Berezan, en el Mar Negro, cerca de Olbia (BRAVO, 1974, 111 s.) con una cronología de *Circa* 500 a.C. y que menciona un «buque mercante» *phortegesion*. Bravo considera a los comerciantes participantes en el trato como agentes, bien de condición servil, bien semiservil, o bien, libre, pero dependientes de un aristócrata en definitiva.

Velissaropoulos (1977, 61 s.), siguiendo los pasos de Finkelstein (1935, 320 s.) ha estudiado la terminología de *emporos*, *naukleros* y *phortegós*, que corresponden a «viajero» (más tarde mercader), «propietario, armador» del buque mercante y «capitán de barco» respectivamente (vid. H. KORRINGA, 1926).

La asociación privada entre un armador y un capitalista para efectuar negocios mercantiles en barco se denominaban *koinoniai-chrématon* según generaliza Fernández Nieto (1992, 133), a partir del texto herodoteo acerca de los tratos comerciales llevados a cabo por los focenses en Tartessos (Herodt. I, 163 s.).

Ahora bien, no está nada claro que esta terminología propia del comercio arcaico y recogida por un autor de inicios del s. v, el siglo «clásico» por excelencia, pueda ser explicada a partir del derecho ático del final de la época clásica (BISCARDI, 1956, 155 s.) en que *chrémata* significa no tanto «dinero» *chrysiou*, como «mercancías» *agorásmata* y «cosas» o «productos en general» *erga*. Pero precisamente, la noticia de Heródoto es historiable, es consignable por éste (MARIAS, 1954, 184 s.) como hecho extraordinario precisamente por su excepcionalidad en los *chremata* obtenidos, o sea, la plata pura tartesia, que el espléndido Argantonio les donó graciosamente (OLMOS, 1986, 584 s.). Así, en una inscripción ática (IG II/III (2) n.º 1.128), *chremata* tiene sentido global de «cargamento». Fernández Nieto (1992, 133) defiende con erudición dos posiciones contrapuestas: 1) que la plata para las acuñaciones griegas procedía en buena parte de España y Portugal, «la península» esa de Fernández y otros autores desde García y Bellido, que sin embargo los griegos se negaban a reconocer en la configuración de ambos países (PÉREZ VILATELA, *Faventia*), una posición similar a la sostenida hace años por M. Caray (1932, 134 s.) y la 2) que los *chremata* obtenidos por los foceos en Tartessos en el caso concreto de Argantonio eran mercaderías variadas. Tampoco me parece del todo correcto utilizar retroactivamente IG II/III, 1128 para explicar un texto anterior, el de Heródoto, aunque resulte un recurso legítimo realizarlo ante la, a menudo, desesperante escasez de datos.

Estamos en abierto desacuerdo con las posiciones escépticas ante la intensa presencia griega tanto en Huelva, como en las regiones de Valencia y Murcia que, pese a lo dicho, defienden Fernández (1980, 571 s., 1992, 133), Morel y otros. Estas posiciones olvidan un dato fundamental. No me refiero a la «revolucionaria» aparición de las plúmbeas láminas de *Emporión*, que son cartas comerciales, ni tan sólo al excepcional conjunto escultórico de *Obulco* (Porcuna, Jaén), datado en el siglo VI a. de J.C. y cuya calidad es tal que destacaría incluso si hubiese aparecido en Grecia: por eso se habla del grupo escultórico «focense» de Obulco (BLÁZQUEZ; GONZÁLEZ NAVARRETE, 1985, 61 s.; CHAPA, 1982, 374 s.), lo cual, a falta de firma o notación, es tan sólo una hipótesis, pues los guerreros retratados son característicos hispanos... Pero ni siquiera nos referimos a esto: nuestra perspectiva es la escritura greco-ibérica, documentada desde mediados del siglo IV a. de J.C. en el Sudeste (CUADRADO, 1950, 36 s.; id., 1950 b., 169 s.) y acaso desde el V en Sagunto (PÉREZ VILATELA, 1991, 17 s.). ¿Cómo es posible que un helenista olvide un hecho de tamaño envergadura a la hora de juzgar acerca de la presencia física permanente o intermitente de personas griegas en el Levante? Pese a todo, Fernández (1992, 132) se asombra de «con cuánta seguridad se afirma que los vasos griegos en Huelva son muestra inequívoca del comercio directo desde Grecia hasta aquel asentamiento atlántico». Pues sí, lo afirmamos abiertamente, entre otras razones, porque uno de los vasos rescatados lleva inscrito en letras griegas un onomástico indígena ΝΗΘΩ| (OL-

mos, 1985, 107 s.). No se pretenderá que los fenicios o púnicos llevasen el encargo apuntadito. ¿En qué registro escrituario?, ¿para que los ceramistas helenos lo transcribiesen a su propio alfabeto sobre un vaso de su propia ejecución?

Si se admite, con toda razón que los traficantes náuticos helenos no sólo transportaban «mercancías y valores, sino también los sistemas legales mercantiles y la lengua (jurídica o no) comercial» (FERNÁNDEZ, 1992, 143) generalizando lo que Pringshein (1968, 66 s.) ha denominado «formularios griegos», como lo es el texto emporitano de Pech Maho (VAN EFFENTERRE, VELISSAROPOULOS-KARKOSTAS, 1991, 217 s.) y posiblemente el greco-ibérico de Sagunto (FLETCHER, SILGO, PÉREZ VILATELA, 1992, 1 s.).

Conócese también un texto de exhumación también reciente, procedente de Cos, isla dórica del Dodecaneso, patria de Asklepios y de la medicina griega, redactado en griego y fenicio y que se ocupa de cuestiones comerciales (SZNYCER, 1988, 12 s.) en las que se ven involucrados personajes de la familia real de Sidón como almirante de la flota comercial; es interesante esta cooperación greco-sidonia y en general greco-fenicia, como en el caso del pecio de «El Sec» en Mallorca (CERDÁ, de HOZ, 1987, 489 s., 632 s.). También nosotros opinamos que esta colaboración se dio frecuentemente y que semejante idea no es mucho menos una novedad contemporánea: los viajes de Piteas y de Eudoxo de Cízico se realizaron indudablemente con medios fenicios establecidos en Gádeira (Str. II, 3, 4-5) para su primer viaje y en el segundo partiendo de *Iberia*, mencionada sin mayor particularidad, pero sin duda alguna con una base de partida no lejos de *Gades* (PÉREZ VILATELA, 1986, 48 s.).

El individuo receptor de la carta n.º 1 de Ampurias (SANMARTÍN-GRECO, SANTIAGO, 1987, 119 s.; EAD, 1988, 100 s.; EAD, 1990, 79 s.) cuyo nombre quedó mutilado por el decurso de los siglos es un *emporos*, que navega en un buque que es de su propiedad; él mismo es un agente de un *naukleros*, el emisor de la carta, un mercader especializado en el comercio marítimo; el capitán del buque en que viajaba en recipiendario era un *kybernetes* (la palabra que da origen al *gubernator* romano). El propietario del buque o buques en que había viajado el receptor de la carta de Ampurias era un *phortegos*, un traficante que puede acarrear mercadería que no le pertenece: a ese tipo de profesión comercial pertenecía sin duda *Basped* (...), el «Saigantheo», al cual el desconocido *naukléros* envía a su no menos desconocido factor, como *emporos*. Para estas distinciones son sumamente útiles los trabajos de Benedetto Bravo (1974, 11 s.; 1977, 1 s.). Castresana (1982, 19) retrasa la aparición del préstamo marítimo griego hasta la conquista de Egipto por Alejandro, pero a la vista de toda la epigrafía comercial recientemente aparecida, resulta evidente que los orígenes del préstamo marítimo comercial son muy anteriores y nos llevan al arcaísmo.

Los discursos de Demóstenes constituyen el *corpus* principal de informa-

